



## **ALICIA DE BATTENBERG, LA SUEGRA MONJA DE ISABEL II DE INGLATERRA**

**Amadeo-Martín Rey y Cabieses**

**Doctor en Historia**

**Académico Correspondiente de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía**



En 1907 el gran pintor de las cortes y de la aristocracia europeas, el húngaro Philip de László, retrató –entre otras muchas princesas- a Alicia de Battenberg, princesa de Grecia y Dinamarca. En 1922 fue nuevamente retratada por él. Ambos cuadros están en manos de su hijo Felipe, duque de Edimburgo, esposo de Isabel II de Inglaterra. En el primero aparece vestida de blanco y dorado, casi sin alhajas, excepción hecha de unos sencillos pendientes y dos anillos, sentada en un sillón de jardín. El segundo se centra solamente en el rostro y en la elegante colocación de su mano izquierda. En 1913 László también retrató al marido de Alicia, Andrés de Grecia y Dinamarca, de quien

se enamoró en 1902 en la coronación de Eduardo VII y que era hijo de Jorge I de los Helenos y de la gran duquesa Olga Constantinovna de Rusia.

Precisamente, uno de los momentos en que la figura de Alicia más impresionó fue en la coronación de su nuera en 1953. En un cortejo de una brillantez muy británica, la silueta delgada y austera de la madre del Duque de Edimburgo, vestida enteramente de gris, destacaba por su impactante simplicidad que subrayaba lo fútil y efímero de las glorias terrenales. No era la única princesa que había tomado los hábitos, pero su aparición contrastaba de un modo tan evidente con el entorno que la hizo inolvidable. El pasado fin de semana, recordaba en la ciudad francesa de Le Mans la generosidad del Duque de Richelieu, que aceptó por deferencia al rey y a las cámaras una compensación nacional de 50.000 francos por haber liberado a Francia de la ocupación extranjera. Pero en vez de quedarse esa suma, la consagró a la fundación de un hospicio en Burdeos. “Fue un acto más admirado que imitado”, afirmó alguien. Así sucede cuando se



admira la dedicación a los pobres y enfermos de determinados miembros de la realeza, entrando en religión o no, pero se sigue poco su ejemplo, tan luminoso precisamente por el puesto que ocupan en la sociedad.



Alicia, que padecía sordera congénita, tenía especial sensibilidad hacia los padecimientos físicos y espirituales. Con esfuerzo aprendió a leer en los labios y a hablar en inglés, alemán, francés y griego. Nació en el castillo de Windsor, hija mayor de Luis de Battenberg, Primer Lord del Mar, convertido en Marqués de Milford Haven al tener que renunciar a su título alemán durante la Primera Guerra Mundial, y de Victoria de Hesse, hija mayor de la gran duquesa Alicia de Hesse y nieta de la reina Victoria. Luis era primogénito de Alejandro de Hesse y de la condesa Julia von Hauke. Su matrimonio, celebrado en rito luterano y ortodoxo, fue fuego fatuo de la realeza europea, separada y rota tras la Primera Guerra Mundial. Vivió en Atenas y Corfú, fue enfermera en la guerra de los Balcanes, exiliada de Grecia en 1917 y más tarde, al ser culpado su marido de parte de la derrota en la guerra greco-turca de 1919-1922. En Saint-Cloud vivió de prestado gracias a María

Bonaparte, mujer de Jorge de Grecia, y para mantenerse tuvo que abrir una tienda de arte donde vendía bordados, encajes e iconos. Se empezaron a dar cuenta que su cabeza no funcionaba bien cuando manifestó que recibía mensajes divinos, tenía poderes curativos o mantenía relaciones con Cristo y Buda, sufriendo además de depresión. En 1930 se le diagnosticó esquizofrenia paranoide. Ingresada en un psiquiátrico suizo, donde también estuvo el bailarín Vaslav Nijinsky, retornó a Grecia en 1935. Dos años más tarde perdió a su hija Cecilia y a su nieto Jorge Donato de Hesse-Darmstadt en un accidente aéreo. Durante la II Guerra Mundial, en la que su familia luchaba en ambos bandos, estuvo en la Grecia ocupada junto a Elena Vladimirovna de Rusia, mujer de su cuñado Nicolás de Grecia, trabajando para la Cruz Roja y rescatando judíos de manos de los nazis, como a la viuda Rachel Cohen y dos de sus cinco hijos, al estilo de Schindler o de Ángel Sanz Briz, por citar un héroe español. Éste y Alicia fueron declarados «Justo entre las Naciones».

Tras sus internamientos hospitalarios, se dedicó a la caridad viviendo en Atenas, cerca del Museo Benaki, en un apartamento de dos habitaciones —en el que antes de la liberación sólo comía pan con mantequilla por carecer de más alimentos. Cuando un general alemán le preguntó, «¿Hay alguna cosa que pueda hacer por usted?», —ella le contestó—, «Puede tomar sus tropas y llevárselas fuera de mi país». Conseguía medicamentos para los heridos de guerra, y fundó dos hogares para huérfanos, un equipo de enfermeras domiciliarias para pobres y una orden de enfermeras religiosas ortodoxas, la Hermandad Femenina Cristiana de Marta y María. Su madre la Marquesa de Milford Haven, no se la tomaba muy en serio: «¿Qué se puede decir de una monja que fuma y juega a la canasta?», decía. La Orden, en la que entraría

en 1948 tras renunciar a sus títulos, acabaría extinguiéndose. La idea de fundarla se originó en 1908 al viajar a Rusia para el matrimonio de la gran duquesa María con Guillermo de Suecia, y hablar con su tía la gran duquesa Isabel Feodorovna, tía “Ella” en familia, hermana de la emperatriz Alejandra Feodorovna y cuñada de Nicolás II de Rusia. Ya había empezado a repartir sus bienes aunque no sería hasta 1928 cuando ingresaría en la Iglesia Ortodoxa. Durante la guerra solía deambular por las calles atenienses repartiendo comida en pleno toque de queda. Al decirle que una bala podía matarla contestaba: «Me han dicho que uno no oye el tiro que le mata y en cualquier caso soy sorda. Entonces, ¿por qué preocuparse por eso?»

No asistió a la boda de ninguno de sus hijos y tras la caída de la monarquía helena, fue acogida por su hijo Felipe en el palacio de Buckingham donde vagaba por los pasillos chupando madreselva. Allí murió en 1969, sin bienes –que había regalado- y aunque fue enterrada primero en la cripta real de Windsor, se cumplió finalmente su deseo de ser sepultada en el



convento de Santa María Magdalena en Jerusalén, en 1988, junto a su citada tía Santa Isabel Feodorovna (en la iglesia ortodoxa rusa). Su hija Sofía le había dicho que esa tumba estaría muy lejos para ir a visitarla a lo que Alicia contestó: «¡Tonterías, hay un excelente servicio de autobuses!».